

Nicole y Pascal se consagraron á la educacion de la juventud, costará sin duda algun trabajo creer que esta educacion sea mas hermosa y sabia en nuestros dias. Nuestros mejores libros clásicos son aun los de Port-Royal; y no haciendo otra cosa que repetirlos, ocultamos por lo regular nuestros plagios en nuestras obras elementales.

Nuestra superioridad queda, pues, reducida á algunos progresos en los estudios naturales; progresos que pertenecen al trascurso del tiempo, y que no compensan en manera alguna la pérdida de imaginacion que es su indeclinable consecuencia. El pensamiento es el mismo en todos los siglos, y le acompañan mas particularmente, ó las artes ó las ciencias, pero no presenta su grandeza poética y toda su hermosura moral sino al influjo de las primeras.

Empero si el siglo de Luis XIV concibió las ideas liberales, ¿por qué no hizo de ellas el mismo uso que nosotros? En verdad que no debemos envanecernos de nuestro ensayo. Pascal, Bossuet y Fenelon fueron mas perspicaces que nosotros, pues conociendo tan bien, y aun mejor que nosotros, la naturaleza de las cosas, han conocido los peligros inherentes á las innovaciones. Aun cuando sus obras no probasen que abrigaron ideas filosóficas, ¿se podría creer que estos grandes hombres no habian advertido los abusos que se insinuan por donde quiera, y que no conocian el lado débil y el lado fuerte de los negocios humanos? Su máxima era que no debe hacerse un pequeño mal, ni aun para conseguir un gran bien, especialmente por sistemas cuyo resultado es casi siempre espantoso. No se atribuya á falta de talento que Pascal, que como hemos demostrado, conocia tan á fondo el vicio de las leyes en el sentido absoluto, dijese en el sentido relativo: «¿Cuán prudente es distinguir á los hombres por sus cualidades exteriores! ¿Quién pasará de nosotros dos? ¿Quién cederá el puesto al otro? ¿El menos entendido? Pero yo lo soy tanto como él; será, pues, preciso batirse por esto. No obstante, él tiene cuatro lacayos, y yo solo tengo uno; esto no admite duda, pues basta contarlos: debo, pues, cederle el paso, y seré un mentecato si se lo disputo.»

Esto responde á volúmenes de sofismas. El autor de los *Pensamientos*, sometiéndose á los cuatro lacayos, es un filósofo asaz diferente de esos pensadores á quienes han irritado los cuatro lacayos.

En una palabra, el siglo de Luis XIV se mantuvo tranquilo, no porque hubiese desconocido tal ó cual cosa, sino porque al verla, la penetró hasta el fondo; porque examinó todos sus aspectos y peligros. Si no se arrojó á las ideas hoy dominantes, consiste en que le fue superior: no tomemos su poder por debilidad, pues su secreto y el nuestro se encierran en este pensamiento de Pascal:

«Las ciencias tienen dos extremidades que se tocan: la primera es la pura ignorancia natural en que nace el hombre; la segunda es aquella á que llegan las grandes almas, que habiendo recorrido la órbita de todo lo que los hombres pueden saber, conocen que nada saben, y se encuentran en la misma ignorancia de que partieron; pero esta es una ignorancia sabia, que se conoce á sí misma. Algunos de los que salen de la ignorancia natural, y no pueden llegar á la otra, tienen una ligera tintura de esa ciencia jactanciosa, y blasonan de entendidos. Ellos trastornan el mundo, y juzgan peor que todos los demás. El pueblo y los sabios determinan por lo regular la marcha del mundo; los demás los desprecian y son despreciados por ellos.»

Al llegar aquí, no podemos dejar de hacer una triste reflexion sobre nosotros mismos: Pascal habia proyectado dar al mundo la obra de que hoy publicamos una tan pequeña y humilde parte. ¿Qué obra tan acabada no hubiera producido tal maestro! Si Dios no le permitió dar cima á su propósito, consiste quizá en que no conviene que ciertas dudas concernientes á la fe,

sean aclaradas; para que quede materia á esas tentaciones y á esas pruebas que forman los santos y los mártires.

LIBRO TERCERO.

Historia.

CAPITULO PRIMERO.

Del Cristianismo, en la manera de escribir la Historia.

Si el Cristianismo ha hecho progresar tanto las ideas filosóficas, debe necesariamente ser favorable al genio de la Historia, pues esta no es otra cosa que un ramo de la filosofía moral y política. El que rechace las sublimes nociones que la Religion nos da acerca de la naturaleza y de su Autor, se priva voluntariamente de un recurso fecundo de imágenes y pensamientos.

En efecto, el que mejor conocerá á los hombres será el que haya meditado mas largo tiempo sobre los designios de la Providencia; el que pueda desemascarrar la sabiduría humana será el que haya penetrado las miras de la sabiduría divina. Los proyectos de los reyes, las abominaciones de las ciudades, las vias inicuas y tortuosas de la política, la agitacion de los corazones al secreto móvil de las pasiones, esas inquietudes que se apoderan algunas veces de los pueblos, esos tránsitos del poder del monarca al vasallo, del noble al plebeyo, del rico al pobre: todos estos resortes quedarían sin explicacion satisfactoria, á no haber asistido, por decirlo así, al consejo del Altísimo, con esos diferentes espíritus de fuerza, de prudencia, de debilidad y de error, que envía á las naciones que se propone salvar ó perder.

Colóquese la eternidad en el fondo de la historia de los tiempos, y refiérase todo á Dios, como á la causa universal. Ensálcense cuanto se quiera al que, dirigiendo los secretos de nuestros corazones, hace brotar los mas trascendentales acontecimientos de los mas oscuros manantiales. Dios, atendiendo á los reinos de los hombres; la impiedad, esto es, la ausencia de las virtudes morales, considerada como raxon inmediata de las calamidades de los pueblos: hé aquí, en nuestro concepto, una base histórica mucho mas noble, y mucho mas cierta tambien que la primera.

Y para exhibir un ejemplo en nuestra revolucion, digáse nos si fueron causas ordinarias las que en el discurso de algunos años desnaturalizaron nuestras inclinaciones, y afectaron entre nosotros la sencillez y la grandeza que caracterizan el corazon humano. Habiéndose retirado del pueblo del espíritu de Dios, solo quedó fuerza en el pecado original, que recobró su imperio, como en los dias de Cain y de su raza. Todo aquel que aspiraba á hacer uso de su raxon, sentia en sí cierta impotencia para el bien; todo aquel que extendia una mano pacífica, la veía secarse súbitamente; la bandera roja tremolaba en las murallas de las ciudades; declaróse la guerra á las naciones, y entonces se cumplieron las pavorosas palabras del Profeta: *Los huesos de los reyes de Judá, los huesos de los sacerdotes, y los huesos de los habitantes de Jerusalén serán arrojados fuera de sus sepulcros.* Culpable para con los recuerdos, el pueblo pisó las instituciones antiguas; culpable para con las esperanzas, nada fundó en provecho de la posteridad; los sepulcros y los niños fueron igualmente profanados. En esta línea de vida que nos ha sido transmitida por nuestros antepasados, y que prolongaremos mas allá de nosotros, solo se apreciaba el punto presente; y cada cual, consagrándose á su propia corrupcion, como á un abominable sacerdocio, vivía como si nada le hubiese precedido, como si nada debiese sucederle.

En tanto que este espíritu de perdicion devoraba

interiormente la Francia, un espíritu de salvacion la protegía en lo exterior. Solo tenia prudencia y grandeza en sus fronteras; todo en su interior estaba abatido, todo triunfaba en lo exterior. La patria, que no se hallaba ya en sus hogares, sino en un campamento sobre el Rhin, como en los tiempos de la raza de Meroveo, presentaba la imagen del pueblo judío, espulsado de la tierra de Gessen, y subyugando en el desierto las naciones bárbaras.

Tal combinacion de hechos no tiene un principio natural en los acontecimientos humanos. Solo el escritor religioso puede descubrir aquí un profundo designio del Omnipotente; si las potencias coaligadas solo se hubiesen propuesto hacer cesar las violencias de la revolucion, y dejar luego á la Francia el cuidado de reparar sus males y sus errores, quizá lo hubieran logrado. Pero Dios vió la iniquidad de las córtes, y dijo al soldado extranjero: «Romperé la espada en tu mano, y no destruirás el pueblo de San Luis.»

Así conduce la Religion á la explicacion de los hechos mas incomprendibles de la Historia. Además, hay en el nombre de Dios un poder colosal que sirve para imprimir al estilo cierta maravillosa entonacion; de modo que el escritor religioso es casi siempre el mas elocuente. Sin Religion se puede tener talento, pero es difícil tener genio. Añadamos que en el historiador de fe se advierte cierto tono, y por decirlo así, cierto sabor de honradez, que induce á dar asenso á lo que narra, siendo así que se desconfía del historiador sofista, porque presentando casi siempre á la sociedad bajo un punto de vista repugnante, nos sentimos inclinados á mirarle como un perverso ó un impostor.

CAPITULO II.

CAUSAS GENERALES QUE HAN IMPEDIDO Á LOS ESCRITORES MODERNOS BRILLAR EN LA HISTORIA.

Primera causa: bellezas de los asuntos antiguos.

PRESENTASE aquí una objecion: si el Cristianismo es favorable al genio de la Historia, ¿por qué los escritores modernos son generalmente inferiores á los antiguos en esta profunda é interesante parte de las letras?

Empezamos replicando que el hecho que en esta objecion se supone no es de rigurosa verdad, toda vez que uno de los mas hermosos monumentos históricos que existen entre los hombres, el *Discurso acerca de la Historia universal*, ha sido dictado por el espíritu del Cristianismo. Pero, prescindiendo por un momento de esta obra, las causas de nuestra inferioridad en Historia, si tal inferioridad existe, merecen ser examinadas.

Estas causas nos parecen de dos clases: unas se refieren á la Historia, otras al historiador.

La historia antigua presenta un cuadro, nunca reproducido por los tiempos modernos. Los griegos son notables por la grandeza de los hombres, al paso que los romanos lo son por la grandeza de las cosas. Atenas y Roma salieron del estado natural para llegar al último grado de civilizacion, y recorrieron toda la escala de las virtudes y los vicios, de la ignorancia y de las artes. En ellas se ve crecer al hombre y su pensamiento: primero, niño, luego presa de las pasiones juveniles; fuerte y sabio en su edad madura, débil y corrompido en su vejez. El Estado sigue al hombre, pasando del gobierno real ó paternal al gobierno republicano, y cayendo en el despotismo en su decrepitud.

Aunque los pueblos modernos presentan, como en breve diremos, algunas épocas interesantes, algunos reinados famosos, algunos retratos brillantes, algunas acciones sorprendentes, debemos confesar, no obs-

tante, que no suministran al historiador ese conjunto de cosas y esa elevacion de lecciones que hacen de la historia antigua un todo completo y una pintura acabada. No han empezado por el primer paso, no se han formado gradualmente á sí mismos, sino que han sido trasladados desde los bosques y el estado salvaje, á las ciudades y al estado civil; son unas ramas jóvenes engertas en un tronco antiguo. Así pues, todo es tinieblas en su origen; vemos en ellos grandes vicios y virtudes; una grosera ignorancia y vivos destellos de luz; nociones vagas de justicia y de gobierno, y una mezcla confusa de costumbres y de lenguaje; esos pueblos no pasaron, ni por ese estado en que las buenas costumbres forman las leyes, ni por ese otro en que las buenas leyes forman las costumbres.

Cuando esas naciones se sientan sobre las ruinas del mundo antiguo, otro fenómeno detiene al historiador: todo se presenta súbitamente arreglado, todo ofrece un aspecto uniforme; monarquías en todas partes, y apenas algunas pequeñas repúblicas que se transforman por sí mismas en principados, para ser absorbidas por los reinos vecinos. Al mismo tiempo se desarrollan las ciencias y las artes, pero tranquilamente, pero en las sombras. Prepáranse, por decirlo así, destinos humanos, y dejan de influir en la suerte de los imperios. Relegadas á una clase de ciudadanos, conviértense mas bien en un objeto de lujo y de curiosidad, que en un nuevo sentido de las naciones.

Así se consolidaron los gobiernos á la vez, y una balanza religiosa y política estableció el nivel en las diferentes partes de Europa; nada mas se destruyó, y el mas humilde Estado moderno puede prometerse una duracion igual á la de los imperios de Ciro y de los Césares. El Cristianismo, áncora á que se asieron tantas naciones inseguras, retiene en el puerto á esos Estados, que se estrellarían tal vez si rompen la amarra comun á que la Religion los mantiene sujetos.

Al comunicar á los pueblos esta uniformidad, y por decirlo así, esta monotonía de costumbres que las leyes imprimian al Egipto, é imprimen aun á la India y á la China, el Cristianismo ha debilitado necesariamente los colores de la Historia. Esas virtudes generales, como la humanidad, el pudor y la caridad, que ha sustituido á las dudosas virtudes políticas; estas virtudes, decimos, representan tambien un papel menos importante en el teatro del mundo. Como son verdaderas virtudes, evitan la luz y el estrépito; por esta razon hay en los pueblos modernos cierto silencio y cierta abstraccion de negocios que desconcierta al historiador. No nos lamentemos de ello, toda vez que el hombre moral es entre nosotros, muy superior al hombre moral de los antiguos. Nuestra raxon no está pervertida por un culto abominable, ni adoramos monstruos; el impudor no camina con la cerviz erguida entre los cristianos; no tenemos gladiadores ni esclavos. No há mucho que la sangre nos horrorizaba. ¡Ah! No envidiemos á los romanos su Tácito, si hemos de comprarlo á precio de su Tiberio.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Segunda causa: los antiguos han apurado todos los géneros de Historia, excepto el género cristiano.

A esta primera causa de inferioridad de nuestros historiadores, derivada de la naturaleza misma de los objetos, es preciso agregar otra, relativa al modo con que los antiguos han escrito la Historia; agotados por ellos todos sus colores, si el Cristianismo no le hubiese suministrado un carácter nuevo de reflexiones y pensamientos, la Historia hubiera quedado eternamente cerrada á los modernos.

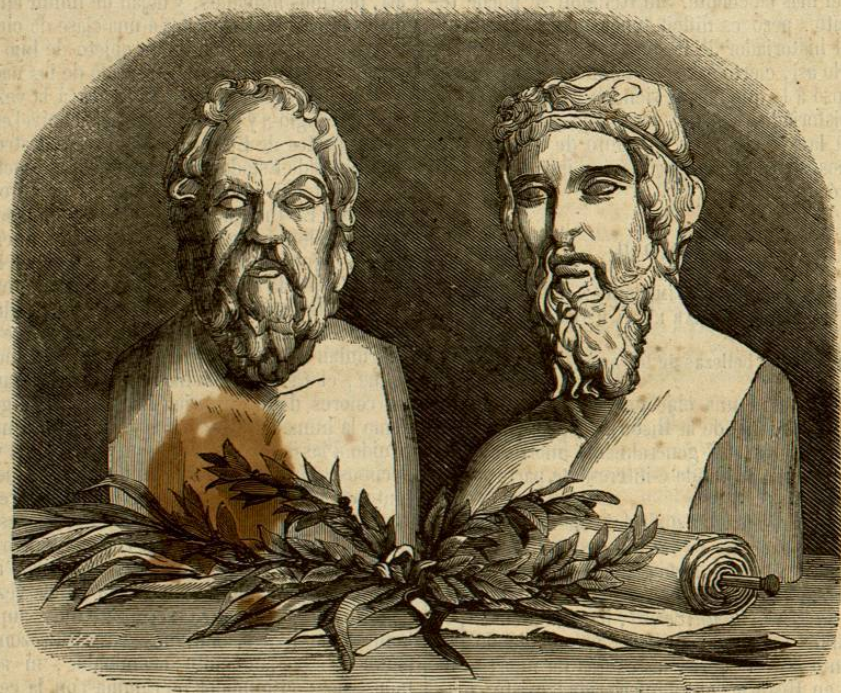
Jóven y brillante en tiempo de Herodoto, presentó

á los ojos de la Grecia la pintura del nacimiento de la sociedad y de las primitivas costumbres de los hombres. Tenia entonces la ventaja de escribir los anales de la Fábula, al escribir los de la verdad. Bastábale saber pintar, pues eran superfluas las reflexiones, hallándose los vicios y las virtudes de las naciones en su edad poética.

A otros tiempos sucedieron otras costumbres. Tucídides careció de esos cuadros del origen del mundo, pero entrando en un campo aun no cultivado por la Historia, retrató con severidad los males causados por las discordias políticas, dejando á la posteridad ejemplos que nunca utiliza el hombre.

Jenofonte descubrió á su vez una nueva senda. Sin caer en la prolijidad, y sin perder nada de la antigua elegancia, dirigió una mirada benévola al corazón humano, y se hizo el padre de la historia moral.

Colocado en un teatro mas espacioso, y en el único país donde se conocieron dos clases de elocuencia, la de la política y la del Foro, Tito Livio las empleó en sus narraciones: fue el orador de la historia, así como Herodoto habia sido su poeta.



SOCRATES Y PLATON.

súmen filosófico; por último, Diodoro de Sicilia, Trogue-Pompeyo, Dionisio de Halicarnaso, Cornelio Nepote, Quinto Curcio, Aurelio Victor, Amiano Marcelino, Justino, Eutropio y otros que omitimos ó no recordamos, llevaron la Historia á los tiempos en que cayó en mano de los autores cristianos; época en que todo cambió en las costumbres humanas.

No sucede con las verdades lo mismo que con las ilusiones: estas son inagotables, al paso que el círculo de las primeras es limitado; la poesía es siempre nueva, porque el error nunca envejece, y esto constituye su encanto á los ojos de los hombres. Pero en moral y en Historia, no se puede salir del reducido campo de la verdad, y es preciso, aunque lo contrario se intente, descender á observaciones conocidas. ¿Qué sendero

Finalmente, la corrupcion humana y los reinados de Tiberio y Neron hicieron nacer el último grado de la Historia, esto es, el género filosófico. Las causas de los sucesos buscadas por Herodoto entre los dioses, fueron halladas por Tucídides en las constituciones políticas, por Jenofonte en la moral, por Tito Livio en la reunion de estas diferentes causas, y por Tácito en la perversidad del corazón humano.

No es esto decir que tan eminentes historiadores brillen exclusivamente en el género que nos hemos permitido atribuirles, sino que nos ha parecido que es el dominante en sus escritos. Entre estos caracteres primitivos de la Historia, hállanse matices que no fueron desaprovechados por los historiadores de un órden inferior. Así es que Polibio figura entre el político Tucídides y el filósofo Jenofonte; Salustio participa á la vez del estilo de Tácito y del de Tito Livio; pero el primero le excede en fuerza de pensamiento, y el segundo en la hermosura de la narración; Suetonio escribió sin comentarios y sin disfraz; Plutarco añadió la moralidad; Veleyo Patérculo aprendió á generalizar la Historia, sin desfigurarla; Floro hizo de ella un re-

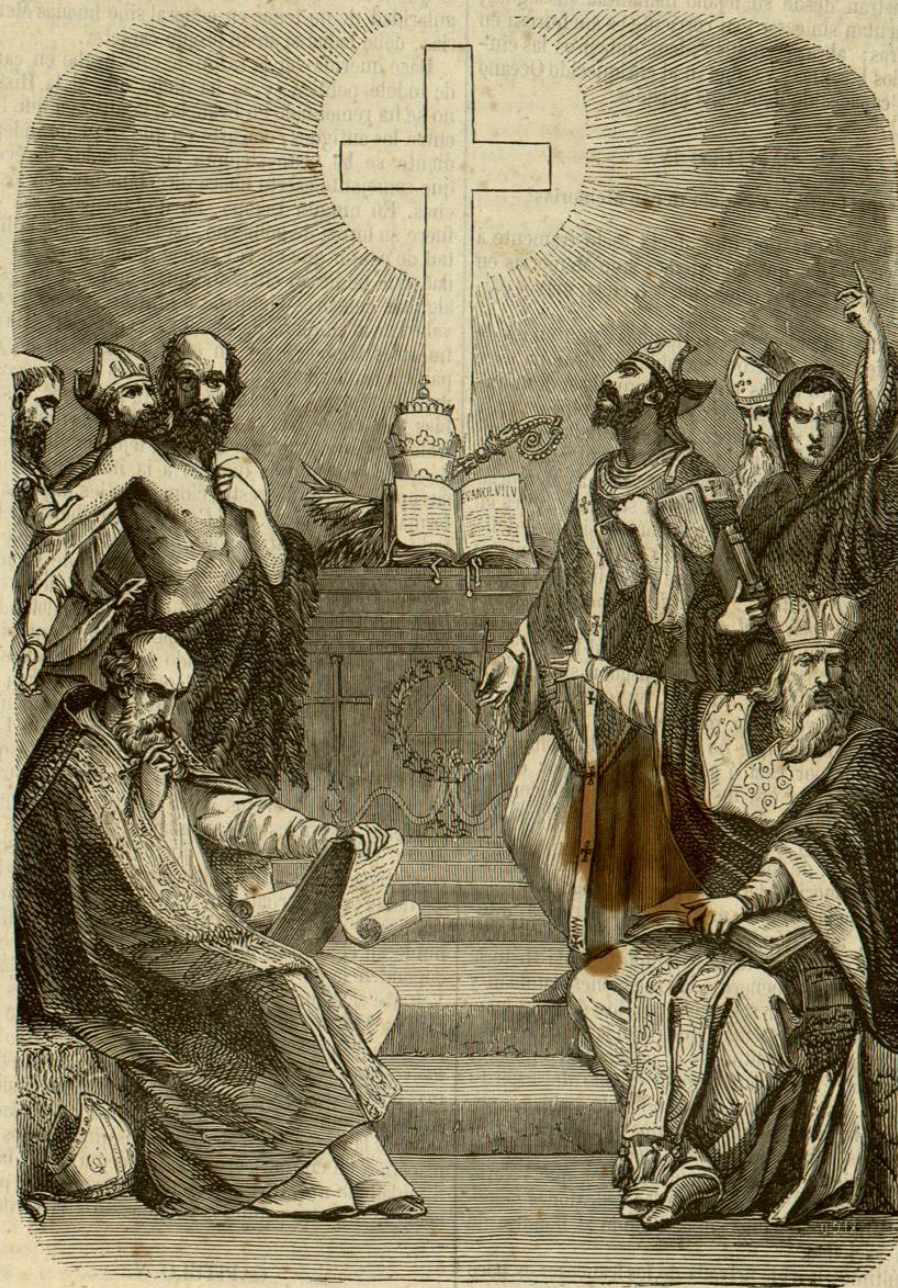
histórico no recorrido pudieran emprender los modernos? Estos no podian dejar de imitar, y aun en estas imitaciones, muchas causas les impedían llegar á la altura de sus modelos. Como poesía, el origen de los cantos, de los teucteros y de los mattiacos, nada presentaba de ese brillante Olimpo, de esas ciudades construidas al son de la lira, y de esa niñez encantada de las Helenas y los Pelasgos; como política, el régimen feudal se oponia á las grandes lecciones; como elocuencia, no se conocia sino la del púlpito; como filosofía, los pueblos no eran aun bastante desgraciados ni bastante corrompidos para que hubiese empezado á brillar.

No obstante, se imitó con mejor ó peor éxito. Bentivoglio en Italia, calcó su estilo sobre el de Tito Li-

vio, y seria elocuente sino fuese afectado. Dávila, Guicciardini y fray Pablo ostentaron mas sencillez, y Mariana en España desplegó no vulgares talentos; pero por desgracia este ardiente jesuita deshonró un género de literatura cuyo principal mérito es la imparcialidad (1). Hume, Robertson y Gibbon han seguido

mas ó menos las huellas de Salustio y Tácito; pero este historiador ha producido dos hombres tan eminentes como él: Maquiavelo y Montesquieu.

Tácito debe ser elegido por modelo, aunque con precaucion: menos inconvenientes hay en seguir á Tito Livio. La elocuencia del primero le es demasiado



LOS PADRES DE LA IGLESIA.

peculiar para ser ensayada por quien no esté dotado de su genio. Tácito, Maquiavelo y Montesquieu han

(1) El autor, que tan parcial suele mostrarse al tratar de todo lo que atañe á su país, no es, en nuestro concepto, la autoridad mas competente para juzgar de la imparcialidad del P. Mariana. N. del T.

formado una escuela peligrosa, introduciendo esas palabras atrevidas, esas frases descarnadas y esos giros rápidos que baco cierta apariencia de laconismo, adolecen de oscuridad y mal gusto.

Dejemos, pues, tal estilo á esos genios inmortales que, merced á diferentes causas, se han creído un gé-

nero á parte, que solo ellos pueden sostener y que es peligroso imitar. No olvidemos que los escritores de los buenos siglos literarios han ignorado esa afectada concision de ideas y de lenguaje. Los pensamientos de los Tito Livio y los de Bossuet son fecundos, y se enlazan mutuamente; cada palabra brota en ellos de la palabra anterior y es el germen de la siguiente. Los rios caudalosos, si se nos permite esta imagen, no corren á saltos, ni á intervalos, ni en linea recta, sino que arrastran desde su lejano manantial sus aguas, que aumentan sin cesar; su corriente es anchurosa en las llanuras; abraza en sus rodeos inmensos las ciudades y los bosques, y tribután al enriquecido Océano raudales capaces de llenar sus abismos.

CAPITULO IV.

¿Por qué los franceses solo tienen Memorias?

Hé aquí una cuestion que afecta esclusivamente á los franceses: ¿por qué no tenemos sino Memorias en vez de Historia, y por qué estas son en su mayor parte excelentes?

El francés ha sido en todos tiempos, aun en los de la barbarie, vano, ligero y sociable. Reflexiona poco sobre el conjunto de los objetos, pero observa minuciosamente sus pormenores, porque su golpe de vista es rápido, seguro y perspicaz: necesita hallarse siempre en escena, y no puede avenirse, ni aun como historiador, á desaparecer por entero. Las Memorias le dejan en libertad de entregarse á su genio, pues en ellas refiere sus propias observaciones, siempre delicadas y algunas veces profundas, sin abandonar el teatro de los hechos. Complácese en decir: *Me hallaba allí... El rey me dijo... Supe del príncipe... Aconsejé: Previ el bien y el mal.* Su amor propio se da por satisfecho con esto; se espontánea al lector, y su deseo de mostrarse ingenioso pensador suele conducirle á pensar bien. Además, en este género de historia no se ve en la precision de renunciar á sus pasiones, de las que no se desprende fácilmente. Se entusiasma por esta ó aquella causa, por este ó aquel personaje; y ora insultando al partido contrario, ora burlándose del en que milita, desahoga á la vez su venganza y su tendencia satírica.

Desde el señor de Joinville hasta el cardenal de Retz; desde las Memorias del tiempo de la Liga hasta las del tiempo de la Fronda, este carácter se revela en todas partes, advirtiéndose hasta en el circunspecto Sully. Mas, cuando se trata de emplear en la Historia este arte de los pormenores, las relaciones cambian y los ligeros matices desaparecen en los grandes cuadros, cual las leves arrugas que rizan la superficie del Océano. Obligados entonces á generalizar nuestras observaciones, tropezamos en el escollo del espíritu sistemático. Por otra parte, no pudiendo hablar explícitamente de nosotros mismos, nos ocultamos detrás de nuestros personajes. Somos secos y minuciosos en la narracion, porque hablamos mejor que referimos; y pequeños ó vulgares, en las reflexiones generales, porque solo conocemos á fondo al hombre de nuestra sociedad.

Por último, la vida privada de los franceses es poco favorable al genio de la Historia. La paz del alma es indispensable á todo el que se propone concienzudamente hablar acerca de los hombres; pero nuestros literatos, que en su mayor parte viven sin familia ó lejos de ella, que ostentan en el mundo pasiones turbulentas y dias miserablemente consagrados á los triunfos del amor propio, se hallan, en virtud de sus costumbres, en contradiccion abierta con la gravedad histórica. El hábito de encerrar nuestra existencia dentro de un círculo, limita necesariamente nuestra vista y amengua nuestras ideas. Ocupados en demasía de una naturaleza convencional, la verdadera naturaleza pasa de-

sapercibida para nosotros; no reflexionamos sobre ella sino á fuerza de talento y como por casualidad, y cuando somos exactos, anunciamos menos un hecho observado que una mera adivinacion.

Concluamos, pues, que el escaso éxito de los modernos en Historia, debe atribuirse á las vicisitudes de los acontecimientos humanos, á un diferente orden de cosas y de tiempos, á la dificultad de hallar nuevas sendas en moral, en política y en filosofia; y por lo que á los franceses concierne, la causa de la singularidad de no tener en general sino buenas Memorias, debe hallarse en su propio carácter.

Háse querido ver la razon de este hecho en causas de índole política, y se ha dicho que si la Historia no se ha remontado en Francia á la altura á que llegó entre los antiguos, consiste en que su genio independiente se ha visto siempre encadenado. Parécenos que semejante aserto chocha directamente con los hechos. En ningun tiempo, en ningun país, sea cual fuere su forma de gobierno, ha sido mas lata la libertad de pensar que en la Francia monárquica. Es verdad que pudieran citarse algunos actos de opresion, algunas censuras rigurosas ó injustas, mas no equivaldrian al número de ejemplos contrarios. Abranse nuestras Memorias, y en ellas se hallarán en cada página las verdades mas duras, y no pocas veces las mas depresivas, fulminadas contra los reyes, los nobles y el clero. Nunca han doblado servilmente los franceses su cuello bajo el yugo; lejos de ello, se han desquitado siempre, merced á la independencia de sus opiniones, de las restricciones que les imponian las formas monárquicas. Las *Cuentos de Rabelais*, el tratado de la *Esclavitud voluntaria* de La Boecie, los *Ensayos* de Montaigne, la *Sabiduria* de Charron, las *Republicas* de Bodin, los escritos en favor de la Liga y el tratado en que Mariana llega hasta defender el regicidio, prueban harto satisfactoriamente que no es solo en nuestra época cuando se permite examinar todo. Si el título de ciudadano es el que, con preferencia al de vasallo, constituye exclusivamente al historiador, ¿por qué Tácito, el mismo Tito Livio, y entre nosotros el obispo de Meaux y Montesquieu han hecho oír sus severas lecciones bajo el cetro de los reyes mas absolutos de la tierra? Ciertamente, que al condenar los vicios y al elogiar la virtud, esos brillantes genios no creyeron que la libertad de escribir consistiese en atacar los gobiernos y trastornar las bases del deber; y en verdad que si tan pernicioso uso hubiesen hecho de su talento, Augusto, Trajano y Luis les hubieran condenado al silencio; ¿pero esta especie de dependencia no es mas un bien que un mal? Cuando Voltaire se sometió á una censura legitima, nos dió á *Carlos XII* y *El Siglo de Luis XIV*; mas cuando rompió todo freno, solo acertó á producir su *Ensayo sobre las costumbres*. Verdades hay que son la fuente de los mas graves desórdenes, porque concitan las pasiones; y no obstante, á no ser que una justa autoridad nos selle los labios, son precisamente las que mas nos complacemos en emitir, porque satisfacen á la vez la malignidad de nuestros corazones, corrompidos por la caída, y nuestra primitiva inclinacion á la verdad.

CAPITULO V.

Aspecto hermoso de la historia moderna.

Justo es ahora considerar el reverso de las cosas, y demostrar que la historia moderna pudiera llegar á ser interesante, si fuese tratada por un ingenio esclarecido. El establecimiento de los francos en las Galias, Carlo Magno, las Cruzadas, la Caballería, una batalla de Bouvines, un combate de Lepanto, un Coradino en Nápoles, un Enrique IV en Francia, y un Carlos I en Inglaterra, simbolizan épocas memorables, costumbres singulares, acontecimientos famosos y trágicos.

en Historia casi á la misma perfeccion que en los demás ramos de la literatura.

CAPITULO VI.

Voltaire, historiador.

«VOLTAIRE, dice Montesquieu, nunca escribirá una buena historia, porque es como los frailes, que no escriben para el asunto de que tratan, sino para la gloria de su orden. Voltaire escribe para su convento.»

Este juicio, aplicado al *Siglo de Luis XIV* y á la *Historia de Carlos XII*, es demasiado severo, si bien es justo relativamente al *Ensayo acerca de las costumbres de las naciones*. Dos nombres asustan especialmente á los impugnadores del Cristianismo: Pascal y Bossuet. Era, pues, preciso atacarlos, y procurar destruir indirectamente su autoridad. De esta necesidad ha nacido la edicion de Pascal con notas, y el *Ensayo* que se pretendia oponer al *Discurso acerca de la Historia Universal*. Nunca, empero, el partido anti-religioso, muy sagaz por otra parte, incurrió en tamaña falta, ni proporcionó triunfo mayor al Cristianismo. ¿Cómo Voltaire, hombre dotado de tan buen gusto y de un criterio tan exacto, no comprendió el peligro de una lucha cuerpo á cuerpo con Bossuet y Pascal? Sucedióle en Historia lo mismo que le ocurría siempre en poesía: al declamar contra la Religion, sus mas hermosas páginas son páginas cristianas, como lo acredita este retrato de San Luis:

«Luis IX parecia un príncipe llamado á reformar la Europa, si hubiese podido serlo; á hacer triunfar la Francia, civilizándola, y á ser en todo el modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le robó ninguna de las virtudes propias de un monarca, y una prudente economía en nada perjudicó su liberalidad. Supo combinar una política profunda con una exacta justicia, y es tal vez el único soberano acreedor á este elogio. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates, sin dejarse arrebatar, compasivo cual si siempre hubiera sido desgraciado, no es dado al hombre llevar mas allá la virtud.... Acometido de la peste á la vista de Túnez... se hizo acostar sobre ceniza, y espiró á los cincuenta y cinco años de su edad con la piedad de un religioso y el denuedo de un gran hombre.»

En este retrato, por otra parte tan elegantemente escrito, ¿se propuso Voltaire rebajar su héroe, al compararlo con un anacoreta? No es posible ocultarlo; ¡pero, ved qué error! El doble contraste de las virtudes religiosas con las virtudes guerreras, y de la humanidad cristiana con la grandeza real, constituye aquí precisamente la parte dramática y la hermosura del cuadro.

El Cristianismo encumbra necesariamente el brillo de las pinturas históricas, haciendo, digámoslo así, que los personajes se destaquen del lienzo, y que los vivos colores de las pasiones resalten sobre un fondo tranquilo y suave. Renunciar á su tierna y triste moral, sería renunciar al único medio nuevo de elocuencia que los antiguos han dejado á nuestra disposicion. No dudamos que si Voltaire hubiese sido religioso, hubiera brillado en la Historia; fáltale tan solo la gravedad, pero á pesar de sus imperfecciones, es acaso, despues de Bossuet, el primer historiador de la Francia.

CAPITULO VII.

Felipe de Comines y Rollin.

Un cristiano posee en grado eminente las cualidades que un antiguo exige del historiador: un buen sentido para las cosas del mundo, y una expresion agradable.

Como escritor de *Vidas*, Felipe de Cominges se asemeja mucho á Plutarco, pero su sencillez es mas franca que la del biógrafo antiguo; Plutarco, que no tiene por lo regular sino el buen criterio de mostrarse sencillo, corre voluntariamente tras el pensamiento, siendo un agradable impostor que se vale de giros sin afectacion.

Es cierto que su instruccion es mas vasta que la de Cominges, y no obstante, el antiguo señor galo, con el Evangelio y su fe en los ermitaños, nos legó, á pesar de su ignorancia, Memorias llenas de enseñanzas. Entre los antiguos era preciso ser docto para escribir; pero entre nosotros, un solo cristiano, cuyo único estudio es el amor á Dios, suele componer un libro admirable: esto es lo que hizo decir á San Pablo: «*El que desnudo de la caridad, imagine ser instruido, nada sabe.*»

Rollin es el Fenelon de la Historia, pues embellece como este el Egipto y la Grecia. Los primeros tomos de su *Historia antigua* respiran el genio de la antigüedad; la narracion del virtuoso rector es robusta, sencilla y tranquila; y el Cristianismo, hablando por medio de su pluma, le presta la facultad de conmover profundamente. En sus escritos se descubre el *hombre de bien, cuyo corazon es una fiesta continua*, segun la maravillosa frase de la Escritura. No conocemos obras que brinden al alma mas grato solaz. Rollin ha derramado sobre los crímenes humanos la calma de una conciencia pura, y la persuasiva caridad de un apóstol de Jesucristo. ¿Será que nunca veremos renacer aquellos tiempos en que la educacion de la juventud y la esperanza de la posteridad estaban confiadas á tan dignos varones?

CAPITULO VIII.

Bossuet, historiador.

A pesar de lo expuesto, la obra en que puede admirarse la influencia del Genio del Cristianismo sobre el de la Historia, es el *Discurso sobre de la Historia universal*. Político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio, y tan profundo y gran pintor como Tácito, el obispo de Meaux emplea además un lenguaje grave y unos giros sublimes de que no hay ejemplo en parte alguna, exceptuando el principio del libro de los Macabeos.

Bossuet es mas que un mero historiador: es un Padre de la Iglesia, es un sacerdote inspirado, sobre cuya frente, como sobre la del legislador de los hebreos, resplandece con frecuencia el rayo de luz. ¡Qué exámen hace de la tierra! Hállase en mil lugares á la vez. Patriarca bajo la palmera de Tofel; ministro en la córte de Babilonia; sacerdote en Memfis; legislador en Esparta; ciudadano en Atenas y en Roma, cambia á su albedrío de tiempos y lugares, pasando así con la rapidez y la magestad de los siglos. Armado con la vara de la ley, é investido de una autoridad increíble, empuja en confuso tropel á los judíos y los gentiles al sepulcro; cierra personalmente la muchedumbre de las generaciones, y apoyándose en Isaías y en Jeremías, levanta sus lamentaciones proféticas á través del polvo y de las ruinas del género humano.

La primera parte del *Discurso sobre de la Historia universal* es admirable por lo que respecta á la narracion; la segunda por la sublimidad del estilo, y la elevada metafísica de las ideas; y la tercera por la profundidad de las miras morales y políticas. ¿Tito Livio y Salustio han escrito algo mas hermoso acerca de los romanos, que estas palabras del obispo de Meaux?

«El carácter del romano era, por decirlo así, el amor á su libertad y á su patria; una de estas cosas le hacia amar la otra, porque en el mero hecho de amar su libertad amaba tambien su patria como á una madre

que le alimentaba consentimientos igualmente generosos y libres.

»Bajo el nombre de libertad, los romanos, á semejanza de los griegos, concebían un estado en que nadie era súbdito sino de la ley, y en que esta era mas poderosa que todos.»

Al oír cuanto se declama contra la Religion, pudiera creerse que un sacerdote es necesariamente un esclavo, y que nadie, antes de nosotros, ha sabido discurrir dignamente acerca de la libertad; quien tal imagine, lea el artículo de Bossuet acerca de los griegos y romanos.

¿Quién ha hablado mejor que él de los vicios y las virtudes? ¿Quién ha juzgado con mas exactitud los acontecimientos humanos? De tiempo en tiempo hace brillar algunos de esos rasgos que no tienen modelo en la elocuencia antigua, y que proceden del mismo genio del Cristianismo. Por ejemplo, despues de haber admirado las pirámides de Egipto, añade: «Por extraordinarios que sean los esfuerzos del hombre, su nada se muestra en todas partes. Estas pirámides eran sepulcros; pero los reyes que las hicieron construir no tuvieron el poder de hacerse enterrar en ellas, y no pudieron gozar de su sepulcro.»

No sabemos decir si es aquí mayor la grandeza del pensamiento que la valentía de la expresion. La palabra *gozar*, aplicada á un sepulcro, declara á la vez la magnificencia de este, la vanidad de los Faraones que lo construyeron, la rapidez de nuestra existencia, y por último, la increíble nada del hombre, que no pudiendo poseer en la tierra otra realidad que la del sepulcro, se ve privado algunas veces de este estéril patrimonio.

Obsérvese que Tácito ha hablado de las Pirámides, y que su filosofía no le sugirió nada comparable á la reflexion que la Religion ha inspirado á Bossuet; influencia harto ostensible del genio del Cristianismo en el alma de un gran hombre.

El retrato mas hermoso de cuantos trazó Tácito, es el de Tiberio; pero queda borrado por el de Cromwell, porque Bossuet se muestra tambien historiador en sus *Oraciones fúnebres*. ¿Y qué diremos del grito de regocijo en que prorumpió Tácito, al hablar de los bructeros, que se degollaban á la vista de un campamento romano? «Mediante el favor de los dioses, tuvimos el placer de contemplar este combate, sin tomar parte en él. Meros espectadores, vimos, ¡caso admirable! á sesenta mil hombres degollarse á nuestra vista, para nuestro pasatiempo. ¡Ojalá, ojalá que las naciones, si no nos profesan amor, abrigen á lo menos en sus corazones un recíproco y eterno aborrecimiento!»

Oigamos ahora á Bossuet:

«En las épocas posteriores al Diluvio se dejaron ver esos devastadores de las provincias, llamados *conquistadores*, que impulsados por la única sed de mando, exterminaron á tantos inocentes... Desde entonces, la ambicion se burló, sin limite alguno, de la vida de los hombres, llegando al extremo de darse recíproca muerte, sin aborrecerse; pues el colmo de la gloria y la mas hermosa de las artes fue destruirse unos á otros.»

Imposible parece no adorar una religion que tan diametral diferencia establece entre la moral de Bossuet y la de Tácito.

El historiador romano, despues de referir que Trasilio habia predicho á Tiberio que seria emperador, añade: «En vista de estos hechos y de algunos otros, ignoro si las cosas de esta vida... están sujetas á las leyes de una inmutable necesidad, ó si únicamente dependen del acaso.»

Siguen á estas palabras las opiniones de los filósofos, que Tácito refiere con suma gravedad, dando bien á entender que creía en las predicciones de los astrólogos.

La razon, la sana moral, y la elocuencia se hallan

tambien, en nuestro sentir, en el lenguaje del sacerdote cristiano. Dice así:

«Ese largo encadenamiento de causas particulares que fundan y destruyen los imperios, dependen de los secretos designios de la divina Providencia. Dios empuña en las alturas de los cielos, las riendas de todos los reinos, y tiene en su mano todos los corazones. Ya enfrena las pasiones, ya les suelta la brida, y por su medio conmueve al género humano... Conoce nuestra sabiduría, siempre limitada por algun lado; y ora la ilumina y dilata sus alcances, ora la abandona á sus errores. La ciega, la precipita, la confunde por sí misma; entonces queda envuelta y presa en la red de sus propias sutilezas, y hasta sus precauciones se le convierten en nuevos lazos.... Dios prepara estos efectos en las causas mas lejanas, y descarga esos terribles golpes cuyo rechazo se hace sentir á tanta distancia... Mas, no se engañen los hombres: Dios encarrila, cuando así le place, el estraviado sentido; y el que insultaba la ceguedad de los demás, cae á su vez en las tinieblas mas densas, sin que por lo regular se necesite para ello otra cosa que verse rodeado de largas prosperidades.»

¿Cuán poco vale la elocuencia de la antigüedad, comparada con esta elocuencia cristiana!

LIBRO CUARTO.

Elocuencia.

CAPITULO PRIMERO.

Del Cristianismo en la elocuencia.

El Cristianismo suministra tantas pruebas de su excelencia, que cuando se cree que solo hay un asunto de qué tratar, de repente se brinda á la pluma otro nuevo. Hablábamos de los filósofos, y hé aquí á los oradores que vienen á pedirnos no les pasemos en silencio. Razonábamos acerca del Cristianismo en las ciencias y en la historia, y el Cristianismo nos llamaba ya para que presentemos al mundo los mayores efectos que se conocen de la elocuencia. Los modernos deben á la religion cristiana este arte de la palabra, que, si hubiese faltado á nuestra literatura, hubiera dado al genio antiguo una decidida superioridad sobre el nuestro. Este es uno de los mas brillantes triunfos de nuestro culto; y á pesar de todo cuanto se diga en elogio de Ciceron y Demóstenes, Massillon y Bossuet pueden sin temor competir con ellos.

Los antiguos no conocieron sino la elocuencia forense y política, puesto que la moral y política, es decir, la elocuencia de todos tiempos, gobiernos y paises, no brilló en la tierra hasta la aparicion del Evangelio. Ciceron defiende á un cliente; Demóstenes impugna á un enemigo, ó trata de reanimar el amor patrio en un pueblo degenerado; uno y otro solo saben excitar las pasiones, y fundan la esperanza de conseguirlo en la agitacion á que entregan los corazones. La elocuencia sagrada ha buscado su victoria en mas alta region: propónese atraer el alma combatiendo sus movimientos, y hacerse oír de ella aplacando sus pasiones. Dios y la Caridad: hé aquí su texto, siempre el mismo, inagotable siempre. No há menester los bastardos manejos de una bandería política, ni las conmociones populares, ni grandes circunstancias para brillar, puesto que en la paz mas profunda, y en la tumba del mas oscuro ciudadano sabe hallar sus mas sublimes movimientos, y excitar el interés en favor de una virtud ignorada, haciendo correr las lágrimas por un hombre de quien nunca se ha oído hablar. Incapaz de temor y de injusticia, da lecciones á los reyes, pero sin ultrajarlos, y consuela al pobre, sin contemporizar con sus vicios. No ignora la política ni las cosas terrenas; pero estos asuntos, que constituan

los principales motivos de la elocuencia antigua, solo son para ella razones secundarias; las ve desde las alturas en que domina, bien así como el águila descubre desde la cima de la montaña los mezquinos objetos de la llanura.

Lo que distingue la elocuencia cristiana de la elocuencia griega y romana, es *esa tristeza evangélica que es su alma*, segun La Bruyere, esa magestuosa melancolia de que se alimenta. Leemos una vez y quizá otra, las *Verrinas* y las *Catilinarias* de Ciceron, la *Oracion por la Corona* y las *Filípicas* de Demóstenes; pero meditamos sin cesar y hojeamos noche y dia las *Oraciones fúnebres* de Bossuet y los *Sermones* de Bourdaloue y Massillon. Los discursos de los oradores cristianos son libros, al paso que los de los oradores de la antigüedad solo son discursos. ¡Con cuán maravilloso criterio reflexionan los santos doctores sobre las vanidades mundanas! «Toda vuestra vida, dicen, es una embriaguez de un dia, y empleais este dia en correr en pos de las mas locas ilusiones; admitamos la hipótesis de que llegais al colmo de todos vuestros votos, y que gozais de todos vuestros deseos: ya sois reyes, emperadores y ámbitos de la tierra; pues bien: ¡un momento despues, la muerte habrá borrado todas estas nadas con vuestra propia nada!»

Este género de meditaciones, tan grave y solemne, tan naturalmente adaptado al género sublime, fue de todo punto desconocido de los oradores de la antigüedad. Los paganos se consumían *tras las sombras de la vida*, porque ignoraban que la verdadera existencia empieza en la muerte. Solo la religion cristiana fundó esa gran escuela de la tumba, en que se instruye el apóstol del Evangelio. Si Demóstenes y Ciceron han sido eminentes oradores, consiste en que fueron religiosos, al paso que los miembros de la Convencion solo presentaron talentos incompletos, y girones, por decirlo así, de elocuencia, porque atacaron la fe de sus padres, privándose de este modo de las inspiraciones del corazon.

CAPITULO II.

DE LOS ORADORES.

Los Padres de la Iglesia.

La elocuencia de los doctores de la Iglesia tiene algo de imponente y augusta, cuya autoridad confunde y subyuga, porque se conoce que su mision procede de lo alto, y que enseñan por mandato expreso del Omnipotente. No obstante, en medio de estas inspiraciones, su genio conserva la calma y la magestad.

San Ambrosio es el Fenelon de los Padres de la Iglesia latina. Es florido, fácil, abundante; y prescindiendo de ciertos defectos propios de su siglo, sus obras ofrecen una lectura tan amena como instructiva; para convencerse de ello basta leer su *Tratado de la Virginitad*, y el *Elogio de los Patriarcas*.

Al nombrar hoy á un santo, nos asalta al punto la idea de un fraile grosero y fanático, entregado por imbecilidad ó por carácter á una supersticion ridicula. Agustin ofrece, sin embargo, muy diferente cuadro: un jóven impetuoso y dotado de talento, se abandona á sus pasiones; pero saciado en breve de todos los placeres, se admira de que los amores de la tierra no sean poderosos á llenar el vacío de su corazon. Dirige al cielo su alma inquieta, pues una voz desconocida le dice que en él reside esa suprema hermosura porque suspira; Dios le habla interiormente, y este hombre mundano á quien el mundo no habia podido satisfacer, halla al fin el descanso y la plenitud de sus deseos en el seno de la Religion.

Montaigne y Rousseau nos han dado sus *Confesiones*; pero el primero se burló de sus lectores, y el